

Hace un tiempo ya, me encontraba yo sentada en mi oficina. Una pequeña oficina. Tan pequeña pero definitivamente del mismo tamaño de las demás casas en mi barrio. Barrio del que siempre fui excluida ya que mi casa podría cortarse como una torta y transformarse en diferentes casas. Decían que yo había dejado en la calle aproximadamente a 9 familias. En esa pequeña oficina me encontraba yo, con una taza de café y el periódico en la mano. Una mano en un brazo que cada vez se estiraba más y alejaba el periódico de mi vista. Mis ojos ya no podían leer ni siquiera los títulos gigantes. Me acordaba de Gregorio porque esto sin duda era una transformación ¿Cómo podía borrarse todo ante mis ojos que habían funcionado por más de 50 años? Necesito ir urgente a un oftalmólogo dije y nadie en todo mi barrio me entendió, oculista dije luego y seguían mirándose las caras entre ellos, el médico de los ojos suspiré y por fin entendieron. Llegué y en menos de lo que canta un gallo tenía mis anteojos nuevos. Realmente podía verlo todo y ¿Quién más sino yo? ¿Acaso esperaba que la gente de mi barrio viera lo que realmente pasaba? ¿Acaso esperaba que otros dejaran de ver esa gran fogata como un intento de calefacción y la vieran realmente como una quema de libros? ¿Acaso esperaba que otros se dieran cuenta de que en los libros está el conocimiento y que el conocimiento implica libertad? ¿Acaso esperaba que otros se dieran cuenta de que nuestro único enemigo somos nosotros mismos y que la guerra es para que saquen provecho los poderosos? ¿Acaso esperaba que otros se dieran cuenta de que las autoridades hacen todo para total beneficio... de ellos mismos? ¿Acaso esperaba que otros vieran como las leyes y mandamientos son para siempre... hasta que alguien los cambia? ¡Ahora podía verlo todo, tenía la verdad, era libre! Podía revolucionarlo todo pero yo estaba cómoda con mis lazos y mis terrones de azúcar. Todavía tengo guardados esos lentes en un cofre.

Juan Agustín (sexto sociales II)

Este libro no trata de unos animalitos que tomaron su granja y de unos cerditos muy inteligentes y bla bla bla. Trata de hacernos reflexionar, trata de que cerremos el libro y nos preguntemos: Si nosotros, humanos, no hacemos las cosas bien y los animales tampoco ¿Entonces quién? Después de leer el libro me quedé con la idea de las plantas, ellas sí que deben hacer las cosas bien. Con esta nueva idea en la cabeza salí al fondo y vi cómo la bignonia se había inclinado por delante del ciruelo dejándolo totalmente asombrado o mejor dicho asolado, sin sol. Y así se caía mi última idea. Nadie podía hacer bien las cosas. Pero había una excepción: Yo. Yo sí podía. Y más tarde comprendí que ese era el pensamiento de todos. De repente el texto me invitaba a la cena de la política. Cada oración me preguntaba ¿De qué lado estás? ¿Sos una oveja o amigo del alcohólico de la granja? ¿Sos de los que están o de los que se fueron? Yo por primera vez decidía no ser el hincha fanático. Me había puesto mi buzo amarillo fosforescente y era el árbitro de la situación. Vuelvo atrás, no quiero ser árbitro, quiero ser juez. Definitivamente el sobretodo arriba del traje es mi estilo. Cite a las dos partes a una audiencia y solamente hable yo. Empecé hablando de lo fácil que es para nosotros

criticar. Criticar y no hacer nada. El famoso si yo estuviera ahí haría tal cosa. Que distinto es mirar desde afuera. También les hable de la enfermedad llamada cirrosis que no es para nada menos grave que la enfermedad del poder, que la ambición. Les dije que el que siempre quiere más termina quedándose con nada o con todo por un tiempo antes de caer. Les hable de la persecución política, del tema de no tener oposición, del poder concentrado. Les dije mientras miraba fijamente a los cerdos que los intelectuales valían mucho menos que los poderosos en esta sociedad. Les hable de la importancia de las relaciones hoy en día. El amigo del heladero del hijo del ministro tiene un trabajo mucho mejor que Eliseo que acaba de recibirse de antropólogo. Les hable de la violencia como forma de descender en la línea evolutiva y pasar al salvajismo. Les hable de los matones, de ajustar cuentas, de imperialismos. Les hable de no soportar diferencias, de no aceptar ideas y mucho menos, opiniones. Les hable del poder económico, de la plata, de la ambición de poder y plata a costa de todo. Capaz que el fin justifica los medios. Nos matemos por ser los mejores. Estaba hablando de mi sociedad, de lo que pasaba allá por 1945 y sigue pasando hoy y como el espectador de un libro que leímos hace un tiempo, lloré.

Juan Agustín (sexto sociales II)

Si alguna vez algo así como un aviador con cuatro ojos y tres brazos fuera condenado por quien le dio la vida a pasar toda la suya en una habitación, a sentirse como una bolsa de cemento sobre los hombros de Adela, una señora que camina a sus 98 años por el desierto y sin agua, a pensar que en el laboratorio de al lado hay miles de científicos inventando el polvo mágico que desaparece todo lo que no queremos, si tenemos que ser lo que no queremos para cumplir sueños ajenos, si nos dicen que lo que amamos es igual al pañal usado de un bebe, si nos aíslan y nos meten como en una capsula y no para viajar a través del tiempo. Si nos dejan, nos abandonan, nos olvidan, nos tiran y lastiman seguramente alguna persona entraría a la habitación, le quitaría el bastón, se lo partiría en la cabeza a quien corresponde y se entregaría por completo a quien es débil. Pero no es así, este chico raro necesita ayuda, necesita alguien que lo guie. Debe saber que escribir no es lo mejor para él. Esta encerrado por conveniencia, porque la gente puede lastimarlo. No necesita de mucho, solamente una ventana. Alguien llora y sonríe, llora y sonríe. Lloro sola, sonrío ante todos. Sabe pero calla. O no calla. El silencio es una forma de hablar y habla por sí solo. Es fácil hacer silencio.

Juan Agustín (sexto Soc. II)

Somos responsables, somos responsables de nosotros mismos, con todo lo que eso implica o no implica ya que no todos tienen el mismo concepto de responsabilidad. Hacerse cargo de sí mismo implica pensar, pensar si lo que hacemos es un bien, no solo individual sino colectivo. El Sr. Braling como George y Lydia no pensaron, o si, pero no abarcaron todo el significado de pensar. Visualizaron el principio del camino pero no el final. Somos responsables de lo que hacemos y también de lo que no hacemos. Esos padres eran responsables no solo de haber construido esa habitación y esa casa sino también de no pasar tiempo con sus hijos. Reemplazo es una palabra que atraviesa ambas historias. Los nenes no tenían padres pero tenían una pieza que actuaba como tal

y el Sr. Necesitaba un reemplazo. Somos responsables de la realidad que construimos. Darle vida a otro objeto, darle voz y capacidad de decidir es disminuir las nuestras. Somos responsables de lo que decidimos y nuestras decisiones nos definen. Lo barato sale caro y tomar el camino corto puede llevarnos por el más largo. Huir de su esposa haciendo de cuenta que no huía fue lo más fácil y terminó. Terminó a secas. O termino con su vida. Ser responsable es cumplir y si no podemos cumplir, cambiar las cosas para cumplir. Esos padres no cumplían con su rol, deberían haber cambiado para ser seres presentes en las vidas de sus hijos y ese hombre no cumplía como esposo pero si hubiera cumplido como soltero. Y bueno, pobre Smith, o no tan pobre ya que seguramente es responsable de que su esposa se haya marchado. Hablando de responsabilidad, me hago cargo de este texto aunque me vendría bien una marioneta que escriba.

Juan Agustín (sexto sociales II)